—exclamó.—El mismo sentimiento que me llevaba á morir me hace ahora desear la vida.

—Pero ¿qué has hecho?

—Me he puesto tísica en último grado en pocos días.

—Y ¿cómo?

—Me ponía á sudar por la noche y corría á sufrir el rocío sentada á orillas del estanque. Gastón cree que estoy constipada, y me muero.

—Mándale á París, mientras yo voy á llamar á los médicos —dije corriendo como una insensata al lugar en que los había dejado.

¡Ay de mí! amigo mío, hecha la consulta, ninguno de estos sabios me dió la menor esperanza, y todos opinan que Luisa morirá á la caída de las hojas. La constitución de esta querida criatura se amoldó perfectamente á sus deseos; tenía ya predisposición á la enfermedad que ella quiso contraer. Hubiera podido vivir mucho tiempo, pero en pocos días ha hecho el mal irreparable. Excuso decirte la impresión que me causó esta sentencia, perfectamente motivada. Tú sabes que he vivido tanto para Luisa como para mí. Me quedé anonadada sin tener siquiera fuerzas para despedir á estos crueles doctores. Con el rostro bañado en lágrimas, pasé no sé cuanto tiempo sumida en dolorosa meditación. Una voz celestial me sacó de este estado con estas palabras: «Qué, ¿estoy condenada?» que Luisa pronunció poniéndome la mano sobre el hombro. Me hizo levantar y me llevó á su saloncito.

—No te separes más de mí—me dijo con suplicante mirada.—No quiero ver la desesperación en torno mío, quiero ante todo, engañar*le*, y tendré fuerzas para ello. Estoy llena de energía y de juventud, y sabré morir levantada. Por mi parte, no lo siento, porque muero como he deseado muchas veces: á los treinta años, joven y hermosa, y con todo mi conocimiento. Por lo que atañe á él, ya veo que le habré hecho desgraciado. He obrado en los lagos de mis amores como la corza que se estrangula llevada de su impaciencia porque ha sido cogida: de nosotras dos, yo soy la corza... y bien salvaje por cierto. Mis falsos celos herían ya á su corazón de un modo que le causaba muchos sufrimientos. El día en que mis sospechas hubiesen chocado con la indiferencia, yo hubiera muerto. Yo he vivido lo que tenía que vivir. Hay seres que llevan sesenta años de servicio en las filas del mundo y que, en realidad, no han vivido más que dos; y á mí, me ocurre todo lo contrario, parece que no tenga más que treinta años, cuando, en realidad, he tenido sesenta de amores. Así es que para mí y para él este desenlace es feliz. Respecto á nosotras, ya es diferente: tú pierdes una hermana que te ama, y esta pérdida es irreparable. Tú sola aquí debes llorar mi muerte. Mi muerte—repuso después de una larga pausa durante la cual sólo la vi á través del velo de mis lágrimas—lleva consigo una cruel enseñanza. Mi querido doctor con faldas tiene razón: el matrimonio no puede tener por base, no ya la pasión, sino que ni siquiera el amor. Tu vida es una vida noble y hermosa, tú has marchado por una senda recta, amando cada vez más á tu Luis, mientras que empezando la vida conyugal con un ardor extremo, éste no tiene más remedio que ir disminuyendo. Dos veces obré mal, y dos veces habrá venido la muerte á abofetear mi dicha con su descarnada mano. Ella me privó del más noble y del más abnegado de los hombres, y hoy la parca fiera me arrebata al más hermoso, al más encantador y al más poético esposo del mundo. De todos modos, me queda la satisfacción de haber gozado del hermoso ideal del alma y del cuerpo. En Felipe, el alma domaba al cuerpo y lo transformaba; en Gastón, el corazón, el talento y la belleza rivalizan. Muero adorada; ¿qué más puedo desear?... Reconciliarme con Dios, á quien sin duda he tenido olvidado, y hacia el cual me abalanzaré llena de amor, pidiéndole que me devuelva algún dia en el cielo estos dos ángeles. Sin ellos, el Paraíso estaría desierto para mí. Mi ejemplo sería fatal: yo soy una excepción. Como que es imposible encontrar Felipes ó Gastones, la ley social está en esto de acuerdo con la natural. Sí, la mujer es un ser débil que debe, al casarse, hacer un completo sacrificio de su voluntad al hombre, el cual, en recompensa, debe sacrificarle su egoísmo. Las revoluciones y las quejas que nuestro sexo ha promovido en nuestros últimos tiempos, son tonterías que nos hacen acreedoras al nombre de chiquillas que tanto nos han dado los filósofos.

Continuó hablando de este modo con su dulce voz que tú conoces, diciendo las cosas más sensatas, de la manera más elegante, hasta que Gastón volvió trayendo de París á su cuñada, á los dos niños y á la buena inglesa que Luisa le había rogado que fuese á buscar.

—He aquí á mis lindos verdugos—dijo al ver á sus dos sobrinos.—¡Cómo se parecen á su tío! ¿Qué tiene de particular que yo me hubiese engañado?

Estuvo encantadora con la señora de Luis Gastón, á quien rogó que se considerase como en su casa, de la que hizo ella los honores con esos modales á lo Chaulieu que posee en el más alto grado. Acto continuo, escribí á la duquesa y al duque de Chaulieu, al duque de Rhetoré y al duque de Lenoncourt-Chaulieu, lo mismo que á Magdalena. Hice bien. Al día siguiente, cansada de tantos esfuerzos, Luisa no pudo pasearse y ni siquiera se levantó para asistir á la comida. Magdalena de Lenoncourt, sus dos hermanos y su madre llegaron por la noche. La frialdad que el matrimonio de Luisa había establecido entre ella y su familia se disipó. Desde esta noche, los dos hermanos y el padre de Luisa vendrán á caballo todas las mañanas, y las dos duquesas pasarán aquí sus veladas. La muerte enlaza tanto como separa y hace enmudecer á las pasiones mezquinas. Luisa está sublime de gracia, de razón, de encantos, de talento y de sensibilidad. Hasta el último momento, muestra ese gusto que la hizo tan célebre, y nos dispensa los tesoros de ese talento que la constituía en una de las reinas de París.

—Quiero estar bonita hasta en mi ataúd—me dijo con esa sonrisa que sólo ella posee, metiéndose en la cama para pasar estos últimos quince días que le quedarán.

En su cuarto, no hay huellas de enfermedad: las bebidas, los jarabes, todos los frascos medicinales están escondidos.

—¿No es verdad que tengo una hermosa muerte?—decía ella ayer al cura de Sevres, que posee toda su confianza.

Gozamos todos de ella como avaros. Gastón no carece de valor, pero está tan afectado, que no me asombraría que siguiese á su mujer. Ayer me dijo, mientras paseábamos, señalando á su cuñada que paseaba á sus sobrinos:

—Tengo que ser el padre de esos dos muchachos... Pero, aunque no piense hacer nada para perder la vida, prométame usted ser una segunda madre para ellos, y consentir á su marido que acepte la tutela oficiosa que voy á confiarle, en unión de mi cuñada.

Dijo esto sin el menor énfasis y como hombre que se ve perdido. Su cara responde con sonrisas á las sonrisas de Luisa, y yo soy aquí la única que no se engaña. Él despliega un valor igual al de ella. Luisa mostró deseos de ver á su ahijado; pero me alegro que esté en Provenza, porque acaso le hubiera hecho donativos que me hubiesen mortificado.

—Adiós, amigo mío.

25 de agosto (el día de su santo).

Ayer por la noche, Luisa tuvo algunos momentos de delirio; pero fué un delirio verdaderamente elegante, que prueba que la gente de talento no se pone loca como los plebeyos ó como los locos. Cantó con voz apagada algunos aires de los *Puritani*, de la *Sonámbula*, y de *Moisés*. Estábamos todos silenciosos en torno de su cama; y era tan claro que su alma se escapaba, que todos, hasta su hermano Rhetoré, derramábamos abundantes lágrimas. ¡Ya no nos veía! y conservaba, sin embargo, toda su gracia en aquel canto débil y de divina dulzura. La agonía empezó por la noche. Son las siete de la mañana y acabo de levantarla yo misma, recobró algunas de sus fuerzas, quiso salir á la ventana y le pidió la mano á Gastón... Después, amigo mío, el ángel más encantador que se haya podido encontrar en la tierra nos dejó únicamente sus despojos. Administrada la víspera sin que lo supiese Gastón, quien durante la terrible ceremonia, estaba entregado al sueño, exigió de mí que le leyese en francés el *De profundis*, mientras que contemplaba la hermosa naturaleza que ella se había creado. Repetía mentalmente las palabras, y estrechaba las manos de su marido, que estaba arrodillado al otro lado de la poltrona.

26 de Agosto.

Tengo el corazón traspasado de dolor. Acabo de verla amortajada y se ha puesto pálida con ligeros tintes violáceos. ¡Oh! ¡quiero ver á mis hijos! ¡Trae á mis hijos á mi encuentro!

París, 1841.

FIN

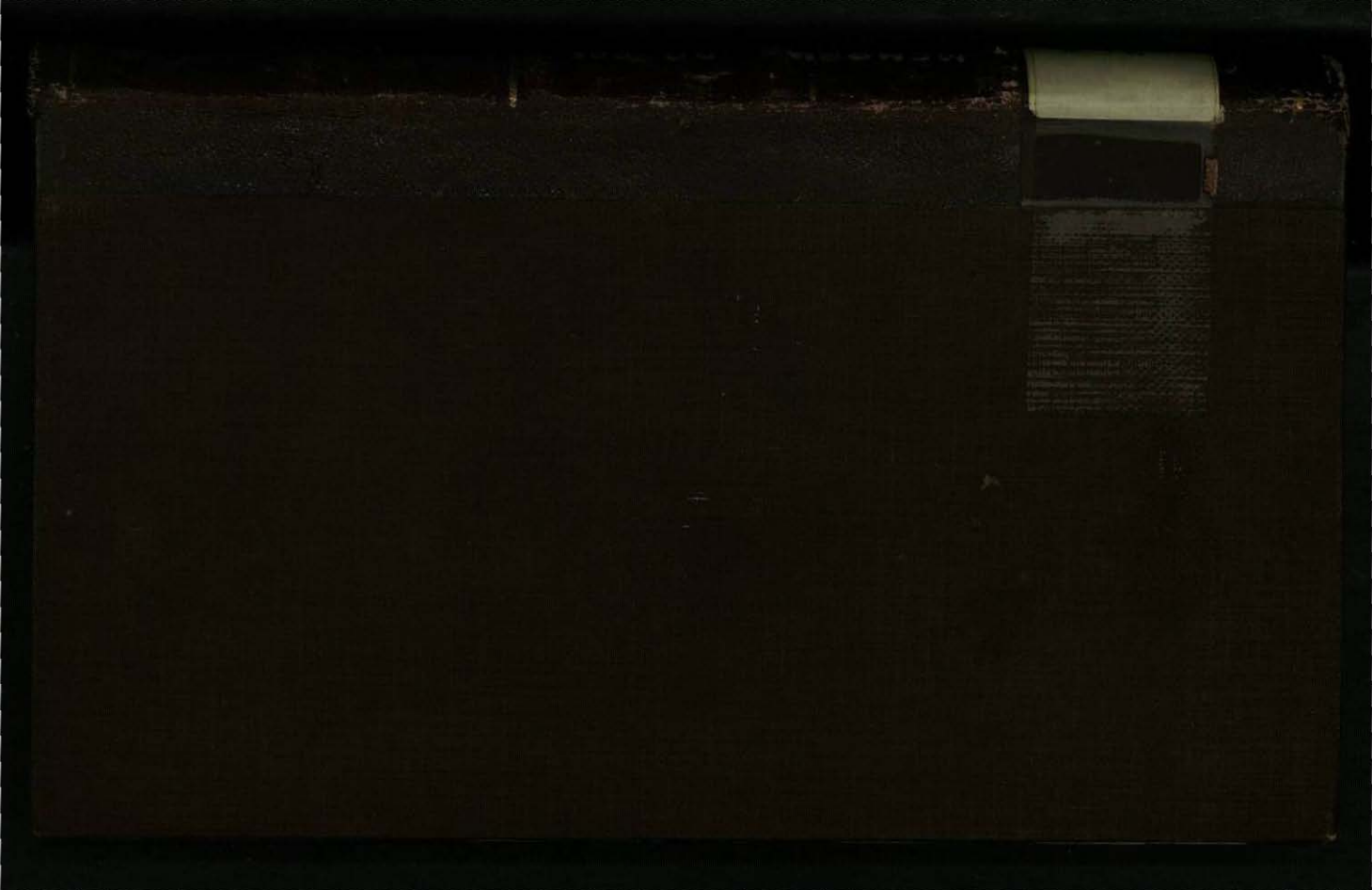
P02167
.F6
S6

R.C.

98113

AUTOR
BALZAC, Honoré de

TITULO
Una hija de Eva

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.